

863.5  
P. 5.

P06555  
R4  
1916

DRAMATIS PERSONÆ

- FEDERICO VIERA.
  - OROZCO.
  - JOAQUÍN VIERA, padre de Federico.
  - CORNELIO MALIBRÁN.....
  - MANOLO INFANTE.....
  - VILLALONGA.....
  - EL MARQUÉS DE CÍCERO.....
  - EL CONDE DE MONTE CÁRMENES.....
  - CALDERÓN DE LA BARCA.....
  - AGUADO.....
  - EL SEÑOR DE PEZ.....
  - EL EXMINISTRO.....
  - TRUJILLO.....
  - EL OFICIAL DE ARTILLERÍA...
  - DON CARLOS DE CISNEROS.
  - SANTANITA.
  - LA SOMBRA DE OROZCO.
- } Amigos de Orozco.
- AUGUSTA, mujer de Orozco.
  - LEONOR (La Peri).
  - CLOTILDE VIERA, hermana de Federico.
  - LA VIUDA DE CALVO.
  - TERESA TRUJILLO.
  - FELIPA, criada de Augusta.
  - CLAUDIA, criada de Federico.
  - BÁRBARA, su hermana.

La acción es contemporánea, y pasa en Madrid.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

REALIDAD

JORNADA PRIMERA

La escena representa tres habitaciones de la casa de Orozco; gran salón en el centro y dos salas laterales, las tres piezas comunicadas entre sí y decoradas con elegancia y riqueza. Por la puerta del fondo del salón entran los personajes que vienen del exterior. La sala de la derecha, en la cual se ven las mesas de tresillo, comunica por el fondo con el comedor y billar de la casa; la de la izquierda, con gabinetes y dormitorios. Es de noche. El salón y sala de la derecha están profusamente alumbrados. En la sala de la izquierda, decorada á estilo japonés, sólo hay dos lámparas, ambas con grandes pantallas.

ESCENA PRIMERA

*Sucesivamente, conforme lo indica el diálogo, entran por la puerta del fondo del salón central VILLALONGA, EL MARQUÉS DE CÍCERO, AGUADO, CISNEROS, EL CONDE DE MONTE CÁRMENES.*

*VILLALONGA, con displicencia.*

¡Maldito tiempo! Vamos, que ni esto es invierno, ni esto es Madrid, ni esto es nada. ¡Por vida del... ¿Cuándo se han visto aquí, en la última decena de Enero, estas noches tibias, este aire húmedo y templado, este cielo benigno?... Otros años, en los días que corren de *cátreda* á *cátreda*, como dicen los paletos, el tiempo suele

ser tan duro, tan destemplado y variable, que cae la gente como moscas. Pero llevamos un invierno... ¡ay, qué invierno pastelero! Con esta temperatura de estufa, los viejos y gastados se agarran á la pícara existencia, y como no se les dé estricnina... ¡Vaya, que desdicha como ésta!...

EL MARQUÉS DE CÍCERO, *entrando*.

Buenas noches. ¿Qué dice el amigo Villalonga?

VILLALONGA, *con hastío*.

Que no se muere nadie, y que así no se puede vivir.

CÍCERO.

No lo entiendo.

VILLALONGA.

Considere usted, querido Marqués, que suspiro por la senaduría vitalicia, como término y descanso de una vida de ansiedades... En fin, usted me entiende. Somos cincuenta candidatos. El Presidente, agobiado de compromisos, no puede disponer, hoy por hoy, más que de once vacantes. Si el condenado Enero se portara como teníamos derecho á esperar de su formalidad, nos traería esos vientecillos de rechupete, esos cambios bruscos que son la gala de Madrid. Lo que yo le he dicho hoy al Presidente: «¿Pero

dónde están aquellas heladitas, que de una barradura, ras, se llevaban á seis ó siete carcamales, de esos que no aciertan ya ni á ponerse los pantalones?» Él convenía conmigo en que el tiempo se nos ha puesto en contra. ¡Once vacantes, por junto! Nada, amigo Marqués, con tres ó cuatro más podría el Presidente lanzarse á la combinación, y de seguro entraría yo en ella...

CÍCERO, *riendo*.

Es gracioso... Pero, hijo mío, todos hemos de vivir...

VILLALONGA.

Calle usted, calle usted por Dios. Yo no hago más que leer la prensa, á ver si anuncia algún ciclón muy gordo. Y lo anuncia, claro que lo anuncia; pero el ciclón no viene. Créame usted, hay que quitarle al Guadarrama su reputación; tenemos que destituirle y mandarle adonde fué el padre Padilla. ¡Pero si es un dolor, querido Marqués; si podría yo designarle á usted cuatro ó cinco Matusalenes, que están como la fruta muy madura, esperando un vientecillo, un soplo ligero para caerse!...

CÍCERO.

Y caerán, día más día menos. ¿Y á mí se me cuenta también en el número de los maduritos?

VILLALONGA, *abrazándole.*

¡A usted no..., caramba! Está usted hecho un roble... Que seamos compañeros, y por muchos años, es lo que deseo.

AGUADO, *alias el CATÓN ULTRAMARINO, entrando muy erguido y fachendoso.*

Felices, señores y milores. Poca gente todavía... ¡Qué tarde comen en esta casa! ¿Han visto ustedes los periódicos de la noche?

CÍCERO.

Aquí me traigo *El Correo.*

VILLALONGA.

Y yo *El Resumen.*

AGUADO.

¿Se han enterado ya de ese nuevo escándalo? ¡Otra falsificación de billetes del Banco Español! Si lo vengo anunciando, si ya están hartos de oírmelo decir. De la pillería que allá mandaron hace tres meses, amigo Villalonga, no podía esperarse otra cosa. (*Con énfasis.*) Esto indigna, esto subleva, esto abochorna.

CÍCERO.

Tiene razón. ¡Pobre país!

VILLALONGA, *á Aguado.*

Inclito Aguado, calma, calma..., filosofía.

AGUADO.

Pero ¿usted no se indigna?

VILLALONGA.

Hombre, ¿de qué? No me gusta hacer mala sangre y malas tripas... Luego, la hidalga nación, maldito si agradece que nos indignemos en su defensa.

AGUADO.

Yo sostengo que ni esto es país, ni esto es patria, ni esto es gobierno, ni aquí hay vergüenza ya. Pues digo: lo mismo que ese otro gatuperio, el crimencito de la calle del Baño; la curia vendida, y un personaje gordo metido de patitas en ese fregado indecente.

CÍCERO.

Poco á poco. ¿Hemos de admitir todos los chismes que corren por ahí? Señor de Aguado, no nos confundamos con el vulgo; respetemos las reputaciones.

AGUADO.

Que empiecen ellas por hacerse respetables. Señor Marqués, usted es un ángel, y no ha tenido, como yo, la desgracia de ver de cerca la podredumbre política y administrativa. Por supuesto, lo de ahora es ya el acabóse. Al paso que vamos, llegará día en que, cuando pase un hombre honrado por la calle, se alquilen balco-

nes para verle. ¿Es esto cierto, ó no? Hay momentos en que hasta llego á dudar si seré yo persona decente, y sospecho si estaré también contaminado...

VILLALONGA.

Y por fin, ¿cuándo vuelve usted á Cuba?

CISNEROS, *que entra despacio, sonriendo, las manos á la espalda.*

¿Que cuándo vuelve á Cuba? Toma, cuando le manden. Él está ya con la espuerta al hombro.

AGUADO.

Don Carlos, ¿ya viene usted con la suya llena de chinitas? Bien saben todos que no quiero ir, á menos que no me den las facultades que...

CISNEROS.

Eso es lo que usted quiere, facultades..., facultades..., venga de ahí. Por mí que se las den.

AGUADO.

Facultades, ó poderes para limpiar de orugas aquella administración.

VILLALONGA.

Somos ahora muy Catones, ¿verdad?

AGUADO.

Díganoslo usted al revés: *Tacones*. Un Tacón es lo que hace falta allí.

CISNEROS.

Y como Tacón quiere usted que le manden. ¡Pobre isla! Todos dicen que van de Tacón, y de lo que van es de zapatilla. Perdone usted, Aguadito de mi alma, y ya sabe que no le quiero mal; pero siempre que oigo tronar muy recio contra la inmoralidad, instintivamente me llevo la mano al bolsillo. Yo no censuro á nadie; es más, deseo que usted vuelva allá, para que esté contento y se le siente la bilis. Vamos, que si el hombre se viera otra vez en aquella bendita Aduana, ¡ay qué gusto, morena!; pues en aquella Aduana de Dios, con las manos bien arremangadas, pues...

AGUADO.

A este D. Carlos hay que dejarle.

CISNEROS.

¿Pero esta gente no va á concluir de comer en toda la noche? Hasta luego, señores.

*Se interna en la casa por la sala de la derecha.*

VILLALONGA.

Es la peor lengua de España, y la intención más aviesa del mundo.

CÍCERO.

Pesimista incorregible; pero en el fondo buena persona.

AGUADO.

Como que todo eso es jarabe de pico.

VILLALONGA.

La postura pesimista es muy socorrida y de muy buen aire cuando se tienen cuarenta mil duros de renta para matar el gusanillo. Sosteniendo que todo es malo, y no casándose con nadie, no se compromete uno, y vive en la comodidad de su egoísmo, contemplando las fatigas de los que luchan por la existencia. Los pesimistas sistemáticos, como los optimistas furibundos, son por lo común personas que tienen amasado el pan de la vida, y adoptan esas actitudes para que no les molesten los que están con las manos en la masa. Y si no que lo diga Monte Cármenes, que aquí viene.

EL CONDE DE MONTE CÁRMENES, *que entra risueño, alargando las manos.*

Aquí está ya todo lo bueno. ¿Qué hay?, ¿qué pasa?, ¿qué me cuentan ustedes?

CÍCERO.

Pues apenas hay tela. Escándalos, inmoralidad en Ultramar y en la Península, pero mucha, muchísima inmoralidad; nuevos datos horripilantes del crimen de la calle del Baño, y por último, crisis. ¿Le parece poco? Como no pida usted el diluvio universal.

MONTE CÁRMENES, *con expresión de dicha.*

Suceda lo que suceda, todo va bien, pero muy bien.

AGUADO.

Es una delicia la falsificación de billetes.

MONTE CÁRMENES.

Yo sostengo que lo que llamamos falsificación es una idea relativa.

VILLALONGA.

Y los falsificadores unos honrados... relativos.

CÍCERO, *con alarma cómica.*

¡Que hay crisis, Conde!

MONTE CÁRMENES.

Mejor. Conviene que todos coman.

AGUADO.

¿Ha oído usted que en el *infundio* del crimen están metidos dos ministros?

MONTE CÁRMENES.

Ya saldrán. ¡Cuando digo que todo va como una seda!... Nada, no hay quien me rinda. Yo soy un hombre que, al levantarse por la mañana, hace el firme propósito de encontrarlo todo muy bien, perfectamente bien.

VILLALONGA.

También yo lo haría si tuviera esa bicoca de

renta que usted tiene. Pondría en el oratorio de mi casa la imagen de Pangloss, y le rezaría al acostarme y al levantarme. Querido Conde, usted y Cisneros son los seres más felices que conozco. Prescinden de la realidad, y ven el mundo conforme á su deseo. ¡Ay!, los que tienen que ganarse la condenada rosca, los que corren afanados tras una posición ó un honor equivalente á tantas ó cuantas raciones para la familia, no pueden menos de mirarle la cara á la realidad, y ver si la trae fea ó bonita para ajustar á ella sus acciones.

*Entran en el salón el Exministro, el señor de Pez (de levita), el señor de Trujillo (de frac), anciano y valetudinario, apoyado en el brazo de su hijo, el cual viste uniforme de Artillería.*

## ESCENA II

*Los mismos. Aparece AUGUSTA en la sala de la derecha, dando el brazo á MALIBRÁN.*

MALIBRÁN.

Aunque usted me riña, aunque me mande apalear y me arroje de su casa, persistiré... Soy la terquedad personificada, y me crezco al castigo. Y bien podrá suceder que la desesperación me lleve al suicidio, á la locura... ¡Qué responsabilidad para usted!

AUGUSTA, *riendo.*

¡Para mí! ¡Ay, qué gracioso! ¿Yo qué culpa tengo de que usted se haya vuelto tonto?... ¿Pero de veras se va usted á matar?

MALIBRÁN.

No bromeé usted con una pasión verdadera.

AUGUSTA.

Pero diga usted: ¿es volcánica ó no es volcánica? Vamos, nunca creí que á persona de tan buen gusto se le ocurriera que por lo trágico me había de impresionar. Me fastidian las tragedias.

MALIBRÁN.

¿Cuáles? ¿Las representadas?

AUGUSTA.

Y las reales. Eso de matarse, sea por amor, sea por otra causa, me parece sumamente cursi... Además, me le figuro á usted refractario á la extravagancia, aun á esa, por ser todo corrección, formas exquisitas y arte de la vida. ¡Pasiones usted, pasiones hondas! No lo creeré aunque me lo diga ante notario... ¡Ah!, qué hipócritas nos hizo Dios, amigo Malibrán... Con esa mónita ha hecho usted su carrera, y ha engañado á mucha gente; pero lo que es á mí...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO RIVERA  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

MALIBRÁN.

¡Ay, Dios mío! Casi me agrada que usted me injurie. A falta de otro sentimiento, venga esa bendita enemistad. La prefiero á la indiferencia.

*Pasan al salón central, donde Augusta es rodeada por Villalonga, Cicero, Monte Cármenes, Aguado, el Exministro, el señor de Pez y los Trujillos. Malibrán se aparta de este grupo.*

AUGUSTA, *al Exministro.*

¿Qué tal? ¿Tenemos crisis al fin? Diga usted que sí, para que esta gente se alegre.

EXMINISTRO.

Por mí que la haya. Un vendaje á la situación no vendría mal. (*Con malicia.*) ¿Verdad, Jacinto?

VILLALONGA.

Sobre todo si te ponen á ti de esparadrapo.

PEZ, *coleando y nervioso.*

No hay crisis más que en la mente de los que la desean. ¡Pues no faltaba más sino que se cambiara de política porque Fulanito está mal humorado, ó porque hay otros á quienes la tranquilidad del país les coge sin dinero!

AUGUSTA.

Así me gusta á mí la gente, ó ser ministerial de coraje ó no serlo.

VILLALONGA.

Exactamente como yo.

AUGUSTA, *á Trujillo.*

Bien venidos los Trujillos. ¿Y Teresa?

OFICIAL DE ARTILLERÍA.

No la espere usted tan pronto. No saldrá de casa hasta que acabe de leer la prensa.

TRUJILLO.

Mi mujer está fanatizada con el crimen. Hoy me atreví á poner en duda las tendencias *Sarraistas*, y por poco me pega.

AUGUSTA.

Pues conmigo no se cómo saldrá, porque yo me he propuesto hacer subir el papel *Cuadrada*.

OFICIAL.

Por Dios, que no lo sepa mamá.

AUGUSTA.

¿Pero viene esta noche?

OFICIAL.

Sí, en cuanto despache los periódicos.

VILLALONGA.

Eso se llama empaparse en la opinión.

AUGUSTA.

Justamente... Villalonga, ya me ha contado Tomás que está usted furioso contra la temperatura suave. ¡Cuánto nos hemos reído!

VILLALONGA.

Amiga mía, vivo bajo la influencia de un sino fatal. Usted es mi mala estrella.

AUGUSTA.

¡Yo! (*Riendo.*)

VILLALONGA.

Sí, y tenemos que reñir de veras... Ríase de mi superstición; pero lo cierto es que siempre que la veo á usted y le hablo, buen tiempo.

AUGUSTA.

Ya sabía yo eso. El Padre Eterno me ha dado vara alta para dirigir las estaciones. ¿No lo había usted notado? Y para castigar á los deseosos del mal ajeno, he dispuesto que no hiele, para que se fastidie usted y no pueda ser senador vitalicio. Tampoco mi marido lo será, por la misma razón.

VILLALONGA.

Pues acabe usted de una vez, y dé las órdenes para que caiga un rayo y nos parta á los dos.

AUGUSTA.

Todo se andará. (*A Monte Cármenes.*) ¿Qué tal? ¿Vamos bien?

MONTE CÁRMENES.

Perfectamente bien, y sobre tantas dichas, la de verla á usted tan guapa. ¿Y Tomás?

AUGUSTA.

En el billar, fumando. Me dijo que le espera á usted para echar unas carambolas. Señores fumadores, señores carambolistas, mi marido y Pepe Calderón están solos allá. Ea, señor *Catón pasado por agua*, usted que es una de nuestras primeras chimeneas, al billar.

TRUJILLO.

Yo también; tengo que hablar con Tomás.

AUGUSTA, á Monte Cármenes.

Usted, Conde, el primer taco de Madrid, allá también. Distráiganme á Tomás, que no está bien de salud. (*Al Exministro.*) Cuidado con el oficialete, que se jacta de darle á usted codillo cuantas veces quiera.

EXMINISTRO.

Lo veremos esta noche. Señor oficial, todo el que sea tresillista que me siga. (*Dirigense á la sala de juego.*)

*Aguado, Monte Cármenes y Trujillo padre pasan*

*por la sala de juego para entrar en el billar, á punto que sale Cisneros. Oyese el chasquido de las bolas de marfil.*

CISNEROS.

¡Malditos carambolistas, cómo le marean á uno!... ¿Y los fumadores? ¡Qué atmósfera, qué aburrimiento! Busquemos quien me haga la partida. (*A Malibrán, que ha vuelto á aproximarse al grupo principal.*) ¡Eh!..., diplomático de chanfaina, ¿la echamos ó no la echamos?

MALIBRÁN.

Amigo D. Carlos, lo siento mucho; pero tengo que retirarme pronto. Trabajamos ahora por las noches en el Ministerio... un asunto urgentísimo.

AUGUSTA.

Sí, corra; corra allá, no se vaya á alterar el equilibrio europeo... Me parece á mí que entre él y ese pillo Bismarck están tramando algo. ¡Buen par!

MALIBRÁN.

¡Ay qué mala, qué burlona!

VILLALONGA.

Esos trabajos nocturnos en Estado, me figuro lo que son: unas *juerguecitas* muy disolutas en donde yo me sé.

AUGUSTA.

Claro, y á eso llaman el arbitraje de España en la cuestión entre Nicaragua y... qué sé yo qué. Todo lo arreglan éstos con cañitas de manzanilla.

MALIBRÁN.

¿Y por qué no?

CISNEROS, *cogiendo por el brazo á Malibrán y llevándosele.*

Ande usted, perdido.

MALIBRÁN.

Don Carlos, á sus órdenes. Pero hasta las once y media nada más. Sin broma, tenemos que trabajar en el Ministerio. Busque usted quien nos haga el pie.

AUGUSTA, *dirigiéndose á la sala japonesa, seguida de Villalonga y Cicero.*

¿Qué es eso de las francachelas de Malibrán?

VILLALONGA.

Él se lo contará á usted. No es corto de genio. Pertenece á la escuela moderna de la sinceridad.

MALIBRÁN, *aparte, en el salón, mientras Cisneros trata de reclutar otro tresillista.*

¡Esta condenada... hasta se permite ponerme en solfa... á mí! No se rinde, no. ¿Si acertará Infante, que la tiene por la virtud más incorrup-

tible y la fortaleza más inexpugnable?... Eso lo veremos... ¡Y ahora tengo que aguantar las latas de este buen señor, y dejarme ganar cinco ó seis duros, adorando la peana por el santo! Lo peor es que en toda esta quincena, en los almuerzitos del papá, nunca he podido cogerla sola. ¡Siempre allí el tontín de Infante, ó Federico Viera! Y la única vez que faltaban convidados, hizo el vejete castellano la gracia de no quedarse dormido, como de costumbre. A este tío quisiera yo darle un disgusto, por ejemplo, probándole que el *Greco* que ha adquirido ahora no es tal *Greco*, sino un *Mayno* de los peores, y el que supone *Valdés Leal* un *Antolínez el Malo*.

CISNEROS.

Ea... ya tenemos tercero, el amigo Pez. (*Pasan á la sala de la derecha y juegan. Trujillo, padre é hijo, y el Exministro hacen otra partida en la mesa próxima*)

### ESCENA III

*Los mismos.* MANOLO INFANTE entra en el salón y lo recorre, observando con precaución. Atisba por la puerta de la izquierda.

INFANTE.

Está en la sala japonesa con Cícero, Villalonga y no sé quién más. Malibrán ha comido aquí hoy. ¿Se habrá marchado ya? Probablemente; es

de los invitados esta noche por la Peri... (*Mirando por la puerta que da á la sala de juego.*) ¡Ah!, no; está haciéndole la partida á Cisneros, y dejándose ganar. ¡Cómo le adula fingiendo creer que son de grandes maestros las tablas viejas y podridas que el otro compra en el Rastro, y soportando sus tresillos!... Por allí suena la voz de Villalonga diciendo graciosos disparates... Y Orozco ¿dónde estará? Oigo el chasquido de las bolas... Huyamos por esta noche de los carambolistas. A Federico no le veo ni le oigo; pero no ha de tardar. Observaremos...

MONTE CÁRMENES, que sale del billar y atraviesa la sala de juego y el salón.

Dios le guarde.

INFANTE.

A la orden, mi Conde.

MONTE CÁRMENES.

¿Qué ha habido esta tarde?

INFANTE.

Nada; una sesión aburridísima. El consabido chubasco de preguntas rurales, hasta las cinco, y en la orden del día la insufrible lata de *petróleos en bruto*. ¿No fué usted?

MONTE CÁRMENES.

No. Me revienta el tema de estos días en